

GRANDIOSO EL HOMENAJE A MAXIMO GOMEZ.

SE APROVECHO LA FECHA DEL NATALICIO DEL QUE FUE GENERALISIMO DE LAS FUERZAS LIBERTADORAS PARA DESCUBRIR EL MONUMENTO A SU MEMORIA.

Participaron en el hermoso desfile de ayer los veteranos con representacion de todas las provincias, las escuelas publicas y privadas, fuerzas y aviacion del ejército.

Verdaderamente grandioso ha resultado el acto celebrado en horas de la mañana en uno de los lugares más hermosos de la Habana, frente a nuestra rada, donde se levanta mayestática la estatua ecuesre del Generalísimo Máximo Gómez, el héroe epónimo que forma, conjuntamente con nuestro Martí y nuestro Maceo, la trilogía gloriosa de nuestra Guerra de Independencia.

Tenia como motivo el descubrimiento de dicha estatua, aprovechando la celebración del natalicio del patriota insigne, y superó con creces cuanto se tenía pensado, pues las autoridades, los veteranos, los escoltas, las Fuerzas Armadas y el pueblo en general respondieron al unisono a este homenaje.

No era para menos. Al fin, después de varios años, cristalizaba la idea de erigir un monumento al Generalísimo de los heroicos mambises, tomaba realidad, como por arte de magia, frente a las aguas verdosas del Golfo el propósito que presentara, en una moción, a la Cámara de Representantes de Cuba el coronel Eulogio Sardiñas.

El cincel de un artista de la escultura, Aldo Gamba, que pasara durante luengos años sus sueños y su melena por esta insula, dió forma sobre el mármol a las elucubraciones de su fantasia, y Cuba entera, o sea para decir mejor, la patria de Cuba que aún rinde culto a los simbolos de la patria y a los hombres que tanto lucharon por su constitución, estaba allí, en pie, esperando el momento en que se descubriera el velo que le permitiera admirar, en toda su integridad, la belleza y la magnitud de la obra.

LOS LUGARES DE CONCENTRACION.—Los veteranos se concentraron en primer término, pues habrían de romper el desfile, siguiéndole en el orden, a lo largo de todo el Paseo del Prado, las escuelas privadas, incluyendo a los centros regionales, y las escuelas públicas.

Desde temprano el enjambre de muchachos fué afluyendo y tomando las posiciones que le habian sido indicadas por sus maestros, que recibieron órdenes directas de los organizadores de la gran parada, una de las más hermosas que se han celebrado.

Las escuelas privadas ocuparon el paseo central, en el orden siguiente: primero las de niñas, después las mixtas y por último las de varones, y las públicas formaron de manera análoga, en la acera de la sombra de la propia calle de Prado.

Las Fuerzas Armadas se situaron, obedeciendo las órdenes dictadas al respecto, con la cabeza en la Avenida de BBélgica y la del Puerto.

EL DESCUBRIMIENTO.—A las nueve y media de la mañana, conforme habíamos anunciado, fué descubierta la estatua del Generalísimo por medio de cuatro cordones, de los que tiraron la señora Margarita Gómez, una de sus hijas, el honorable Presidente de la República, coronel Carlos Mendieta, el Jefe del Ejército Constitucional, coronel Fulgencio Batista, y el Presidente del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, coronel Cosme de la Torriente.

En ese mismo instante la Fortaleza de la Cabaña inició el saludo de veintin cañonazos.

El descubrimiento fué precedido de un toque de atención, que sirvió para que los escoltas designados rodearan el monumento, las tropas presentarán afmas y la Banda de Música que se encontraba a la derecha tocara el Himno Nacional.

De cañonazo a cañonazo hubo un intervalo de diez minutos, y dos escuadrillas de aviones, al terminarse, dejaron caer flores sobre el monumento.

SE INICIA EL DESFILE.—Acto seguido se dió inicio al desfile, que rompió el Consejo Nacional de Veteranos, con el coronel Cosme de la Torriente, el abanderado, capitán Emilio Subill, el mismo que tenía Máximo Gómez en su escolta, el Mayor General Mario G. Menocal, el coronel Carlos Manuel de Céspedes y otros veteranos de alta graduación, al frente, seguido de los cien veteranos que vinieron de Oriente representando los dos cuerpos de Ejército: el que mandó el Mayor General José Maceo y el del Mayor General Jesús Rabl, a los que se incorporaron todos los veteranos de Oriente residentes en esta capital.

A continuación el tercer cuerpo de Ejército, que sostuvo bajo el mando del Mayor General Javier de la Vega, representado por los cincuenta veteranos procedentes de Camagüey; el cuarto cuerpo, con los cincuenta veteranos de las Villas, cuyo jefe fué el Mayor General Serafín Sánchez Valdivia; el quinto, representado por los cincuenta veteranos de Matanzas y los de la Habana, que combatieron a las órdenes de los generales José María Aguirre y José Lacroet Morlot; y finalmente, los cincuenta veteranos procedentes de la provincia de Pinar del Río, en representación del sexto cuerpo del Ejército Libertador, que mandó el Lugarteniente General Antonio Maceo.

LOS ESCOLARES LANZARON FLORES A SU PASO.—Desfilaron seguidamente los niños de las escuelas públicas del distrito de la Habana, la casi totalidad de los mayores de ocho años, y los de las escuelas privadas, que estuvieron también perfectamente representados, todos con sus banderas y estandartes.

A su paso junto al monumento fueron dejando caer las flores que portaban, como un tributo de recuerdo al que luchó denodadamente por darles la patria de que disfrutan hoy.

UN CORO DE CINCO MIL VOCES INFANTILES CANTO LOS HIMNOS.—Cinco mil de dichos niños, de las escuelas públicas y privadas, debidamente preparados, ejecutaron bajo la dirección del maestro Ugarte el himno marcha al Ge-

neralísimo, del que es autor, y el Himno Nacional.

Fué un espectáculo sorprendente, ya que un coro de niños de esa magnitud no se había escuchado nunca en la Habana.

SORPRENDIO EL NUMERO Y EL ORDEN.—La gran cantidad de escuelas privadas que concurren a la parada, laicas y religiosas—prácticamente se puede decir que todas las que tienen alguna representación—, y lo numeroso de los niños de las escuelas públicas, sorprendió verdaderamente, ya que hacía muchos años que no se ofrecía un desfile de esa naturaleza.

Merece por ello una cálida felicitación el Subsecretario de Educación doctor Santiago García Spring, a quien encomendó el doctor Leonardo Anaya Muñillo, Secretario del ramo, esa gestión.

CERRARON LAS FUERZAS ARMADAS.—Las Fuerzas Armadas, muy bien representadas también por cierto, cerraron el desfile.

Concurrió una brigada mixta, al mando del teniente coronel García Pedroso, con la Banda del Cuartel General del Ejército.

Formaban dicha brigada un batallón de Infantería de Marina, un batallón de Infantería y otro de Artillería del Ejército Constitucional, y un batallón de la Policía Nacional.

Los precedía un pelotón de motocicletas de la Policía y otro de batidores montados del propio cuerpo.

El Jefe de la brigada hizo alto en la Avenida de Bélgica, entre Habana y Peña Pobre, para contemplar el desfile de sus tropas.

NIO TAL

RETRETA Y FUEGOS ARTIFICIALES.—Por la noche, a las nueve p. m., según se nos informa, habrá retretas en los parques Maceo, Central y de la Punta y fuegos artificiales en la Fortaleza de la Cabaña y en el Castillo de la Punta.

Como un número especial se ofrecerá la destrucción de dos globos cautivos, iluminados por potentes reflectores, por las ametralladoras anti-aéreas de la Cabaña.

LAS GLORIETAS.—El Presidente de la República, los Secretarios de Despacho, el Cuerpo Diplomático, los invitados, el Jefe del Ejército Constitucional y las altas autoridades militares, con todos los oficiales francos de servicio contemplaron el desfile desde una glorieta.

La otra fue dedicada exclusivamente a los veteranos de la Guerra de Independencia.

Dos oficiales y ocho soldados, en uniforme de servicio de armas, fueron encargados de la custodia de las mismas.

Y ocho oficiales del Ejército y ocho veteranos de la Guerra de Independencia formaron la guardia de honor del monumento.

LOS AVIONES EVOLUCIONAN.—Sobre el monumento y los lugares de formación hizo distintas evoluciones una escuadrilla de aviones del Ejército, atrayendo la atención del público, que la aplaudió con entusiasmo.

LOS DISCURSOS.—A la hora del cierre de esta edición ha comenzado a hacer uso de la palabra el coronel Gustavo Pérez Abreu, como presidente del Comité Pro Monumento al Generalísimo Máximo Gómez, en cuyo Cuartel General prestó sus servicios.

Le seguirán en el uso de la palabra el doctor Miguel Angel Carbonell, en nombre del Gobierno, y el doctor Cosme de la Torre, que hablará por el Ejército Libertador, como Presidente del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia.

LOS DISCURSOS

Terminado el desfile estudiantil el Comandante Plácido Hernández anunció que iba a hablar, en nombre de la Comisión Pro-Monumento y de la Escolta y Estado Mayor del Generalísimo, el Coronel Pérez Abreu.

El Coronel Pérez Abreu, hecho el silencio, dijo:

DISCURSO DEL CORONEL PEREZ ABREU

Honorable señor Presidente de la República,
 Honorables señores Secretarios de Despacho,
 Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático,
 Señores Jefes del Ejército y la Marina,
 Autoridades, Veteranos, señoras y señores:

Como Presidente del Comité Gestor Pro-Monumento al Generalísimo,

como miembro de su Estado Mayor al cual pertenezco, satisfacción, la más intensa de mi alma; en sus nombres y en el de su Escolta, tengo el honor altísimo, el más inmenso de mi vida, de hacer uso de la palabra en este acto inaugural, en que mi espíritu emotivo se llena de recuerdos al contemplar la imagen vigorosa del gran Máximo Gómez.

Por Ley del Congreso de la República de 9 de mayo de 1916, del Senador Osuna, se dispuso la erección de un Monumento para honrar su memoria y por causas que sería prolijo enumerar, ha estado sin cumplirse dicha disposición hasta el felicísimo y radiante día de hoy, en que hacen justamente 99 años vino al mundo este genio de la guerra en la pequeña y pintoresca población de Baní, República de Santo Domingo. Y a los 18 años de la promulgación de la Ley antes referida, en 2 de mayo de 1934, sintiéndonos inquietos los supervivientes de su Estado Mayor y Escolta por la demora en su cumplimiento, nos reunimos en la Casa de los Libertadores, no queriendo morir sin llegar a admirar extasiados su excelsa figura en bronce, y a ese efecto constituimos el Comité Gestor Pro Monumento al Generalísimo.

Nuestro propósito, nuestra suprema ambición, nuestra única finalidad no era otra que ver convertido en realidad tangible el emplazamiento de esta obra, merecido tributo de agradecimiento y veneración que debía Cuba a su Libertador.

Hemos luchado con constancia y abnegación desde hace más de un año. El bregar constante se fortalecía al recordar la energía siempre triunfante de nuestro jefe, con quien compartimos las alegrías, los sinsabores y las amarguras de la contienda épica.

El éxito ha coronado el esfuerzo rendido. Gracias expresivas le damos al Honorable Presidente de la República Coronel Mendieta, que con gentileza y amplitud patriótica, apoyó siempre nuestras peticiones, y declaramos, sinceramente que sin él no tendríamos monumento, con lo que ha correspondido a la distinción que le demostró Máximo Gómez.

Honorable Presidente: tiene que sentirse satisfecho en estos instantes al recibir los cálidos aplausos del pueblo por la ejecución de esta obra, concepción sublime del artista Gambá, por ser ella la más sólida, la más duradera de su Gobierno Provisional, la que no ha tenido censuras, ni críticas, a lo que no somos remisos los cubanos. Gracias al Coronel Torre, Presidente del Consejo Nacional de Veteranos, por la gestión diplomática que, como Secretario de Estado, realizó ante el Gobierno de Italia, donde existían dificultades para el envío de las piezas de la Estatua, así como a su sucesor doctor Barnet. Gracias al ex-Secretario de Obras Públicas, Ingeniero señor Ruiz Williams, con quien resolvimos la situación del lugar que tiene el Monumento, y al actual Secretario señor Echarte por la cordial acogida que dió a nuestra primer visita, diciéndonos:

—Veteranos, aquí me tienen, los propósitos de ustedes dignifican a la República; tendrán pronto Monumento.

No podemos olvidar la prensa, aliada formidable en pro de nuestro ideal. Gracias mil a todos.

La grandeza de Máximo Gómez, como el infinito, no puede medirse. Su espada victoriosa liberó a esta tierra de la opresión y esclavitud haciendo que surgiera para el progreso y la civilización. Jamás se detuvo ante la conducta de acción que se trazara y prueba de ello es su estupefacto plan de la invasión, que ejecutó sin vacilaciones ni tibiezas, venciendo las dificultades que se presentaban y derrotando al enemigo hasta llegar a Cayajabos en Pinar del Río, contramarchando a la provincia de La Habana para caer fieramente sobre las columnas que dejó a retaguardia en Las Cañas, en La Luz, Central Lucía, en Mía Rosa, en Bejucal, en Ariguanabo, donde fué herido, logrando con ello su objetivo: que el Lugarteniente General Maceo, continuase la marcha invasora hasta Mantua y clavase en el extremo más occidental de la Isla la gloriosa bandera de Narciso López, la de Céspedes, la de Martí.

La envidia le salió al paso más de una vez como a todos los elegidos, como a todos los redentores, y cruzó sobre ella, con alteza de miras sin anidar en su corazón odios ni rencores, que la maldad de los hombres a veces engendran. A pesar de su carácter, su energía y su dureza, era de sentimientos humanitarios: a millares de prisioneros puso en libertad y en sus conversaciones íntimas, evidenciaba la nobleza de su alma. Sus ojos pequeños de penetrante mirar, dominaban, rugestionaban. Su voz de mando imperiosa, electrificante, convertía a sus hombres en rayos que destrían, herían y mataban, rompiendo las cadenas a machetazos para hacer a Cuba libre.

Compartió con sus soldados cuando tenía. A mediados del año 1897, cuando Wevier, General en Jefe del Ejército Español, cayó con su cuarenta mil hombres sobre el Generalísimo en la conocida campaña de «La Reforma», entre los ríos Jajá, bonico y la Trocha de Júcaro a Morón, las raciones escaseaban y pasando una mañana entre las tiendas de campaña de sus oficiales, notó que uno de ellos llamaba la atención al asistente por la cantidad de la carne que le correspondía en el reparto y acerbándose le dijo:

—¿Cómo a usted, porque la de mañana será peor.

El inmediatamente ordenó que para el Estado Mayor y para su consumo, no se mandase otra carne que los «jarretes», carne, la más inferior de la res.

Terminada la guerra, en la cumbre de su poderío, aureolado y enaltecido por la victoria, arrullado por las multitudes, desciendo de lo alto,

guarda los arneses militares y va a residir humildemente al pueblecito del Calabazar a quince millas de la Habana.

Nació pobre y murió pobre, cuando millones pudo tener.

¡He aquí el mejor de sus elogios! Máximo Gómez, Generalísimo, Libertador, genio militar, estadista insigne, aquí quedas arrogante, impetuoso en firme y blanco pedestal como la pureza de tu alma y símbolo a la vez sagrado, donde acudirán los cubanos recordando tu desinterés, tus virtudes y tus grandezas, a robustecer su fe y a incinerar en el templo, en la llama que surge de su lámpara votiva, sus egoísmos y sus pasiones. La Patria que es la Madre de todos los cubanos te acompaña, agradecida a tus inmensos sacrificios. Aquí quedas al respeto, al cuidado, al cariño del pueblo que tanto te quiso y aclamó.

Del último rincón de la República desde Maisí hasta San Antonio, han venido tus soldados con legítimo orgullo, con regocijo inusitado a pesar de sus quebrantos y sus «jologos» llenos de miserias.

Y al contemplarte en la majestad imponente de este homenaje, sobre el corcel de guerra descubierto ante la bandera que defendiste y que ondea soberana en la fortaleza del Morro, tu Estado Mayor y Escolta, se arrodillan reverentes en la tierra, que ya los llama, y al levantarse, lanzan al espacio jubilosa exclamación: ¡Ya podemos morir!

DISCURSO DE CARBONELL

A nombre del Gobierno el doctor Carbonell, quien con hermosas imágenes exaltó las glorias de Máximo Gómez, haciendo una síntesis de su vida consagrada a la Libertad de Cuba.

DISCURSO DE COSME DE LA TORRIENTE

El doctor Cosme de la Torriente, Presidente del Consejo Nacional de Veteranos y a quien se debe en gran parte la inauguración de la obra de Gamba, sucedió en la tribuna al doctor Carbonell.

Con palabra vibrante el Coronel Torriente pronunció el siguiente bello discurso:

Señor Presidente de la República. Señoras y señores:

Por ocupar, aunque con menos merecimientos que otros compañeros, el cargo de Presidente del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia de Cuba, correspondíame el alto honor de hablar a nombre del Ejército Libertador en la inauguración de este hermosísimo monumento erigido a nuestro General en Jefe el Mayor General Máximo Gómez y Báez. Cumple de este modo la Nación uno de sus más sagrados deberes: El de mostrar a propios y extraños, a las actuales generaciones y a la futuras, cuán grande es la devoción del pueblo cubano por su Libertador.

El coronel Gustavo Pérez Abreu, Presidente de la Comisión de Veteranos encargada de gestionar sin descanso para que se levantara el monumento, médico prestigioso del Cuartel General del General en Jefe durante una parte de la campaña, nos ha expuesto—con palabras que salían del fondo de un corazón bueno y generoso—todo lo que a Máximo Gómez debemos, y todo lo que se ha hecho para llegar a consagrarle este magnífico recuerdo, obra genial de Aldo Gamba, quien junto a nosotros aquí se encuentra.

LA CONTRIBUCION DEL CORONEL MENDIETA

Deseamos los Veteranos de la Independencia ofrecer públicamente el testimonio más cálido de nuestro agradecimiento al compañero Coronel Carlos Mendieta, por haber laborado con tenacidad hasta lograr la terminación de este monumento. Como Secretario de Estado que fui de su Gobierno, puedo decir que ni un momento el Presidente Mendieta dejó de impulsar las obras, de allanar todas las dificultades—algunas que a veces parecieron insuperables,—comunicando sus mismos entusiasmos a todos los que con él colaboramos dentro y fuera del Gabinete. Debemos a la vez expresar nuestra satisfacción en cuanto a los trabajos llevados a cabo por los funcionarios de la Secretaría de Obras Públicas, y especialmente por el Ingeniero encargado de los mismos, el señor Honorato Colete, y por el Contratista que los realizó, señor José Pennino.

El General Máximo Gómez, que tan brillante y principal papel desempeñó como guerrero en la revolución que iniciara Carlos Manuel de Céspedes, la Guerra de los Diez Años, y después al prepararse la Revolución de 1895—cuando secundó con todas sus energías al Presidente del Partido Revolucionario, el Apóstol José Martí—, era para nuestro pueblo, y especialmente para la juventud que se alistó bajo las banderas de la revolución que trajo la Independencia, un soldado heroico, invencible; un personaje legendario que a su vez con juro llevaba tras sí a todos nuestros capitanes supervivientes de la década gloriosa, y con ellos a todo cubano capaz de luchar por la Libertad.

LA HAZAÑA INMORTAL

Cuando la nueva guerra comenzó el 24 de febrero de 1895, y en los primeros días del mes de abril José Martí y Máximo Gómez, con otros cuatro héroes, lograron una noche saltar de un frágil bote a la costa cubana, en el acto todos los jefes ya alzados en armas contra la vieja Metrópoli, entre ellos el valiente entre los valientes el Mayor General Antonio Maceo, y lo mismo los que aun permanecían en el extranjero, acataron y reconocieron al General Gómez como máximo Jefe del Ejército Libertador, como lo reconociera el Apóstol Martí, muerto de cara al enemigo pocas semanas después. Meses más tarde, al reunirse en Jimaguayú la Asamblea Constituyente que acordó la Constitución de la República en Armas y designó el Consejo de Gobierno de ésta—a cuya cabeza figuraba como Presidente y Vicepresidente de la República los venerables patriotas Salvador Cisneros Blancourt y Bartolomé Masó Múzquez—, Máximo Gómez fue proclamado General en Jefe del Ejército con Antonio Maceo como Lugarteniente General. Y cuando en octubre de 1897 una segunda Constituyente elaboró en La Yaya la nueva y última Constitución para la República en Armas, los miembros de esa Asamblea, después de elegir como Presidente a Bartolomé Masó y como Vicepresidente a Domingo Méndez Capote, sin la menor discrepancia volvimos a designar a Máximo Gómez para Gral. en Jefe; y como ya había muerto sobre el campo de batalla el General Maceo, nombramos a Calixto García Lugarteniente General. En el mando supremo continuó el General Gómez hasta que terminó la Guerra de Independencia.

Las guerras y conspiraciones anteriores a la Revolución de 1895, enseñaron a los cubanos que luchaban por independizar su Patria algo que jamás olvidaron después: Sin unidad de mando y de acción nunca habría ni guerra victoriosa ni independencia cubana. Por eso fue siempre indiscutible desde 1895 hasta 1898 la autoridad de Máximo Gómez, lo mismo entre propios que entre extraños; lo mismo entre civiles que entre militares; lo mismo en el alto mando que en las filas del ejército enemigo. Cuando algo ordenaba Máximo Gómez, sin vacilar por todos se cumplía; y cuando el enemigo tenía que vérselas con el General Gómez o con algo por él dispuesto u ordenado, ya sabía que no habría arreglos, componendas ni vacilaciones, y que sólo las armas podían hablar y resolver.

FE, DEVOCION, OBEDIENCIA AL GENERALISIMO

Pero sobre todo, el soldado libertador tuvo siempre fe inmensa, devoción profunda y ciega obediencia para su Generalísimo. Cuando operáramos a sus órdenes, todos nos creíamos invencibles; y el más fijo de nosotros se sentía entonces un valiente, tal era la confianza que se tenía en que contra Máximo Gómez nada podían los mejores ejércitos de España: Durante la campaña de Weyler en Las Villas, en los primeros meses de 1867, cuando éste arro-
jó sobre nosotros millares y millares

de sus más aguerridas tropas, los que con Gómez operábamos nunca tuvimos duda del resultado final; y éste es sólo un ejemplo de esa confianza.

En el respeto y el acatamiento a la autoridad del Generalísimo eran iguales desde el más modesto soldado de fila hasta los más altos jefes: Antonio Maceo; Calixto García; Serafín Sánchez; Roloff; Mayía Rodríguez; José Maceo; Carrillo; José Manuel Capote; Rius Rivera; Pedro Díaz; Mario G. Menocal; Agustín Cebreco; Pedro Pérez; Aguirre; Lacret; Betancourt Suárez; José Miguel Gómez; Cárdenas; Javier de la Vega; López Recio; Emilio Núñez; Feria; Alejandro Rodríguez; Estrada; Quintín Banderas; Monteagudo; los Sánchez Agramontea los Castillo Duany; los Ducassi, los Collazo; los Lora; Varona; Juan Bruno Zayas; Bora; Aranguren; Castillo; Peraza; Robau; Loynaz del Castillo; Freyre de Andradeá y tantos y tantos otros valientes y prestigiosos generales, jefes y oficiales de nuestro Ejército Libertador. Y de igual modo, esa autoridad suya respetada siempre fué por los más grandes hombres de la Revolución, como Salvador Cisneros Betancourt; Bartolomé Masó; Tomás Estrada Palma; Méndez Capote; Manuel Sanguilyá Enrique José Varona; Juan Gualberto Gómez; José Antonio González Lanuza; Gonzalo de Quesada; Carlos Manuel de la Cruz; Rafael M. Merchán; Eduardo Yero; y por todo lo que algo valiera o significara en las filas revolucionarias, tanto en Cuba como en el extranjero.

LA RECIPROCIDAD DE SU CONFIANZA

El General Máximo Gómez correspondió a la gran devoción y a la magnífica adhesión que los cubanos le mostraban, teniendo en ellos una confianza sin límite, sobre todo en sus soldados. Tal era su fe, aún en los días más amargos de la guerra, que nunca dejó de estar convencido de que triunfaríamos obteniendo la independencia. Recuerdo siempre algo que colmó mi admiración por Gómez. Cuando el 7 de diciembre de 1896 cayó en Punta Brava, a las puertas de la Habana, el Lugarteniente General Antonio Maceo, los Generales José Miró—su Jefe de Estado Mayor—y Pedro Díaz me encargaron en Matanzas, de llevar al Generalísimo, en esos momentos en Camagüey, la noticia oficial de la terrible pérdida y de la menos terrible muerte de su hijo idolatrado, Panchito Gómez. Con una misión parecida del Jefe de la División de Matanzas, General Lacret, marchó conmigo el Coronel Andrés Moreno de la Torre, Gobernador de la provincia matancera; entramos en Las Villas el 18, cabalgando sin reposos y tras grandes peligros el 28 del mismo mes, diciembre, encontramos al General Gómez, cuando, acompañado del Consejo de Gobierno de

la República, acampaba en el potrero Santa Teresa, después de haber pasado la Trocha de Júcaro a Morón por cerca de Ciego de Avila. Al entregarme los despachos que para él traíamos Máximo Gómez, que alentaba la esperanza de que pudiera no ser cierta la versión triste que ya le había llegado a través de las líneas españolas, nos dijo: «El golpe es terrible para la Revolución y para mí. He perdido a mi gran amigo y compañero, que era mi brazo derecho. Como padre pierdo un hijo excelente, cariñoso y valiente. ¡Qué le vamos a hacer! Ahora más que nunca hay que ganar la guerra, y para ello cada vez debemos uniros más y luchar con más tesón». En esos mismos días el General dió el ejemplo, retirando la renuncia que, debido a algunas diferencias con el Consejo de Gobierno, hacía algunas semanas había presentado de su cargo de General en Jefe.

Cuando con la ayuda decisiva del gran pueblo americano la guerra terminó antes de lo que muchos esperábamos, el General Máximo Gómez se ocupó en seguida de todo lo que se refería a las mejores condiciones para el licenciamiento de sus soldados, y al porvenir de los que desde entonces nos convertimos en Veteranos de la Independencia. Pero, a la vez, se consagró a gestionar

que la República Cubana se estableciera cuanto antes; y nadie más que él laboró por apresurar su advenimiento, ya predicando la concordia entre los cubanos y los españoles, ya armonizando los criterios opuestos que en muchos asuntos sustentaban los cubanos y las autoridades americanas del ejército de ocupación. Fué entonces cuando la grandeza de aquel hombre, grande entre los capitanes de la historia americana, se mostró en toda su pujanza y desinterés. Pobre era por causa de las guerras de Cuba; y pobre siguió siendo. Nunca nada tuvo, en la guerra o en la paz, que no lo compartiera con algún compañero suyo o con algún ser desvaído, hombre, mujer o niño, que le expusiera sus necesidades o le tendiera la mano; y así siguió siendo hasta morir.

LA EXCEPCION MEREcida

La Asamblea Constituyente de 1901 incorporó al texto de la Constitución para la nueva República un artículo que no tuvo otro objeto que reconocer a Máximo Gómez, sin dudarle, el derecho a ser Presidente de la República aunque en nuestro suelo no hubiera nacido. Máximo Gómez, que lo fué todo durante las luchas por el triunfo de nuestro ideal supremo; Máximo Gómez, que llevaba tras sí las multitudes y que a él debían principalmente las libertades y los derechos que implicaba el convertirse en ciuda-

dano de una nación independiente, soberana y civilizada, negóse no sólo a aspirar a la suprema magistratura del país sino hasta en contentar que se organizaran propagandas a su favor; y continuó viviendo así entre nosotros, hasta su muerte el 17 de junio de 1905, sin aspirar a nada, sin aceptar ninguna alta investidura; pobre, modesto, grande y amado del pueblo al que consagró su poderosa inteligencia, sus grandes talentos militares, sus años mozos y sus viejos años, toda su vida, en una palabra, con su sangre y su familia.

Cuba, al levantar este monumento, no honra con ello a Máximo Gómez; hónrase a sí misma. Con y sin este monumento, Máximo Gómez es grande entre los grandes del mundo, por su propio valor, por sus hechos y por su historia; y por eso no necesita bronce ni mármol que lo conagren. Si por la cólera celeste, o por la maldad de los hombres, en po'vo se convirtiera este monumento; si a los cuatro vientos fuera dispersado el pueblo cubano, como lo fueron otros pueblos desgraciados en la vida de la humanidad; si Cuba misma se sepultara en los mares que la circundan, y de los que brotara un día para envidia

de los extraños y dicha de sus hijos, siempre las hazañas y las proezas del Generalísimo y de sus gloriosos soldados habrían de ser cantadas por los poetas, recogidas en las páginas de las historias militares y en aquellas que narren las luchas terribles de los pueblos por librarse de extranjera dominación.

LA INSPIRACION DEL MONUMENTO

Pero los cubanos necesitamos la estatua de Máximo Gómez aquí donde está hoy; para inspirar respeto al que intente destruir nuestra Independencia; para inspirar patriotismo y devoción a las generaciones nacidas en lo que lleva de vida la República, y a las que nos sucedan; y para que, guiándose en el bello ejemplo, nadie jamás ose destruir las libertades públicas que Máximo Gómez y sus legiones conquistaron para todos los que viven en Cuba, blancos o negros, cubanos o extranjeros.

¡Compañeros Veteranos de la Independencia! Todos, cuando lo dispenga Dios, descenderemos a nuestras tumbas, seguros de haber servido bien a la Patria. Nuestra misión ha sido cumplida. Ya somos viejos. Cuando el último de nosotros haya vuelto a la tierra que liberamos, el espíritu del Mayor General Máximo Gómez seguirá velando por Cuba Libre; y las grandes hazañas del caudillo inmortal servirán de ejemplo para dar a la Patria nuevos hijos que la defiendan si hay quien atente contra ella. He terminado.

UNION DOCUMENTAL
GUARDIA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA